



Suicidios

Cuentos

Jóvito Valbuena Gómez

Jóvito Valbuena Gómez

Suicidios

Cuentos

Zea, Diciembre 2003

Suicidios obtuvo el Segundo Premio en el Concurso de Literatura, modalidad Cuento. Asociación de Profesores de la Universidad de los Andes – APULA. Mérida, Año 2001

El autor Jóvito Valbuena Gómez es Geógrafo, Profesor Titular Jubilado de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales de la Universidad de Los Andes.

e-mail: jvalbuena_2000@yahoo.com

Depósito Legal

ISBN LF07420038002654

Montaje electrónico:

Electro Texto C.A. 0414-743.42.15

Publicado por:

Fondo Editorial El Cobijo

e-mail: edgardofernandez@cntv.net

Zea, Año 2003

Presentación

El Cobijo ¡Qué nombre tan apropiado! para bautizar al Fondo Editorial que tendrá por espontánea tarea la de cobijar el talento de la escritura zedeña que no disponga de las facilidades para publicar sus productos literarios, periodísticos y científicos.

Edgardo Hernández Rangel propuso la idea a su familia y empresas generosas para concretar el **Fondo Editorial El Cobijo** porque, según lo cuenta emocionado, sería un muchacho de doce años cuando gravó en su memoria la confesión pública que hiciera Don Ramón Ramírez sobre la solidaridad del zedeño respecto a su propio pueblo, con la siguiente expresión: “el único pecado del zedeño, si acaso lo tiene, es querer demasiado a Zea”.

Es justamente esa confesión del maestro amigo convertida en consejo solidario la que la familia Hernández Rangel hace suya para rescatar valores literarios zedeños casi olvidados y amparar las obras de otros escritores que recorren el calvario de la búsqueda de finanzas para su publicación.

Inicia la serie, la obra: *Suicidios* de Jóvito Valbuena Gómez, coterráneo dedicado a la docencia y la investigación geográfica en la Universidad de Los Andes, pero su tiempo libre lo dedica a pasearse por los vericuetos de la literatura y el periodismo.

Prologa esta obra el distinguido escritor y profesor universitario Ricardo Gil Otaiza quien al referirse a su contenido dice en uno de sus párrafos que se trata de “una pequeña colección de breves relatos signados por la tragedia, por el largo devenir de extraños sucesos que llevan a los actores de sus tramas al final decisivo, al trance de la muerte”

El Fondo Editorial El Cobijo tiene esperanza y confianza en el crecimiento futuro de su labor, por eso no duda en dejar las puertas abiertas para recibir a otras instituciones y personas solidarias que tengan “el pecado de querer demasiado a Zea”

Zea, diciembre 2003
Fondo Editorial El Cobijo



Fondo Editorial El Cobijo

Consejo Editorial

Ec. Marcos Vinicio Salas
Geóg. Jóvito Valbuena Gómez
Lic. Maruja Guerrero
Sr. Edgardo Hernández



Índice

Prólogo	9
Aula Magna	11
Ínfimo	17
Colilla	19
Tromba	27
Esquizofrenia	33
Tirofijo	41

Prólogo

En *Suicidios* (seductor título) Jóvito Valbuena Gómez se yergue sobre la palabra escrita y nos entrega una pequeña colección de breves relatos signados por la tragedia, por el largo devenir de extraños sucesos que llevan a los actores de sus tramas al final decisivo; al trance de la muerte. De más está decir acá que el autor –novel en estos derroteros literarios –hace uso de diversos elementos que confieren a sus textos pinceladas de universalidad en medio de la cotidianidad de un entorno signado por el lugar común y por la medianía de sus circunstancias. Huelga decir que nos encontramos frente a un libro que cobra valor en la medida en que sus historias se ven asediadas por la lucha feroz entre los valores y la férrea moral de su artífice, y el desenfado y vida licenciosa de varios de sus personajes que deciden con libertad y de manera deliberada su destino. Surge aquí de nuevo el viejo derrotero de la lucha entre el bien y el mal (entre la civilización y la barbarie), ya ensayado por varios escritores de comienzos del siglo XX y que solidificara en América Latina toda una escuela que tuvo sus mejores momentos en *La Vorágine* de J. Eustasio Rivera y *Doña Bárbara* y *Canaima* de Rómulo Gallegos. Sólo que en estos textos que hoy presento la dicotómica lucha es más hacia lo interno, hacia la conciencia del personaje en cuyas profundidades se debaten a duelo la vida y la muerte y, contrariamente de lo que sucede en las importantes obras citadas, en los relatos de Valbuena vencen finalmente las sombras.

La ciudad de Mérida, sus estrechas calles y los campos aledaños a la pequeña urbe, sirven al autor para poner en escena varios textos sencillos, contados con precisión y claridad, sin hacer uso de complicados intrínquilis academicistas que, cuando no matan el relato, lo hunden en un marasmo inexpugnable de artificiosas marañas lingüísticas. Jóvito Valbuena se arriesga en

el relato corto y deja de manifiesto una vocación que no podríamos llamar “tardía”, cuando de entrada se le reconoce su vena literaria al concedérsele por este libro el segundo premio en el Concurso de Cuento (2001) de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes (APULA).

Frustración existencial, crítica insoterrada a las circunstancias vitales de los personajes, desesperanza, desenfreno, lascivia, lujuria, alcohol, tabaco y boleros forman parte sustancial de los relatos aquí contenidos, conformando una pesada atmósfera que podemos intuir, olfatear y hasta reconocer en un medio que, como el nuestro, conspira contra el altruismo de la expresión humana y conduce a muchos (demasiados para nuestros deseos) a un derrotero abismal y pérfido. En contraposición a todas estas circunstancias, se erige la voz aleccionadora y pedagógica del narrador, que busca afanosamente (sabemos que no lo logra), ubicar a esos seres fantasmales que pueblan sus historias en un contexto positivista, “acorde” con sus propios valores personales que están en desbandada frente a la dura y a veces perversa realidad que lo envuelve como marco de referencia vital.

En los textos insertos de *Suicidios* (que me atrevería a catalogar de “realistas”) subyace todo un cúmulo de tradiciones orales, de fermentos telúricos y de cultura regional que nos inducen –en visión retrospectiva –replantear las fuentes y los orígenes de nuestra esencia. Sólo así, utilizando como trampolín los sólidos cimientos de la palabra escrita, podremos remontar nuestro presente y erigirlo por encima de una realidad que ha demostrado –con crueles y desoladores ejemplos –superar con creces los artificios de la imaginación y el pensamiento creador de los hombres.

Ricardo Gil Otaiza
Profesor Universitario y Escritor
Mérida, 2002



AULA MAGNA

Cuando terminó su bachillerato e ingresó a la universidad, pensaba que se graduaría al término de cinco años. Ese era el compromiso adquirido con sus hermanos Rubén y Neptalí, quienes con mucho esfuerzo le pagaban la mesada a manera de inversión, pues con el título universitario debería ganar lo suficiente para adquirir una casa y llevarse consigo a los viejos y hermanos menores. Ellos que no habían podido proseguir estudios por falta de recursos y oportunidades ahora se esperanzaban en el único hermano con posibilidades de entrar al Aula Magna, hacer la venia ante el Rector y recibir medalla y diploma de titularidad profesional.

Los dos primeros semestres en ciclo básico universitario se le hicieron traumatizantes. No entendía análisis matemático y se mostraba torpe en los laboratorios de biología y química. Cuando trató de consultar al primer profesor, éste lo remitió a la biblioteca sin explicación alguna porque eran demasiados los alumnos y no disponía de suficiente tiempo para asesorarlos a todos. Comenzaron sus amarguras al darse cuenta que

desconocía la sintaxis para redactar sus trabajos prácticos con el estilo y la coherencia debidos, pero desconocía la causa inicial de sus males; no sabía leer bien y por lo tanto no comprendía los textos y menos asimilaba el conocimiento de lo leído. Sus maestros de primaria lo habían promovido aún conscientes de las fallas gramaticales y matemáticas sólo porque el promedio de sus notas lo calificaban para el grado siguiente, y no faltó quien considerara como mérito escolar la gran amistad con su familia.

Aunque se esforzara por superar sus deficiencias, el tiempo se le hacía corto para cumplir con tantas asignaturas y tareas. El régimen lectivo lo mantenía casi treinta horas de la semana recluido en aulas de clase y laboratorios carentes de iluminación, pizarrones invisibles e incómodos pupitres. Para colmo de males no disponía de máquina de escribir y el cuarto donde habitaba no dejaba espacio para una mesa de estudio, pues nueve metros cuadrados ya eran insuficientes para dormir cuatro estudiantes sobre literas con jergón de estambre y colchoneta de goma – espuma.

A veces quería concentrarse sobre su mayor preocupación; cumplir la promesa hecha a sus padres y hermanos, pero su memoria se desviaba preocupadamente hacia las clases recibidas de un profesor a quien nadie le entendía nada pero reprobaba a la mayor parte de los cursantes acusándolos de brutos y desaplicados. Otras veces su atención era interrumpida por un compañero de cuarto que no cesaba de hablar de la última aventura amorosa con una chica que había aceptado probar el pito de marihuana.

Como su timidez le restaba valor para declarársele a la condiscípula que más le gustaba, la charlatanería de su compañero casi lo animaba a aceptar el entrenamiento respectivo; pero un llamado de conciencia se lo impedía. Los consejos de sus viejos para que se portara y fuera un hombre de bien, las enseñanzas de sus maestros sobre los peligros que corren quienes van al vicio antes que al trabajo responsable, las lecciones doctrinarias del párroco de su pueblo que le advertían sobre el

pecado y el riesgo de condenación, le habían amoldado su conducta y hecho recio moralmente como para caer tan fácilmente en malas tentaciones. Era preferible evitarse problemas en ese sentido. Para fantasías eróticas le bastaban los recuerdos y las cartas que ocasionalmente le enviaba Rufina, aquella vecina que por parentela se la llevaba muy bien con su familia.

Hubiera querido disponer de facilidades para ir a estudiar a la biblioteca durante las noches, pero su residencia estaba tan distante que por allí no circulaba el autobús de la universidad. Cuando llegaba a la parada vehicular la cola era inmensa y todas las unidades se atestaban. En la pensión no le suministraban el desayuno al cual estaba acostumbrado desde la infancia, pues sus padres aunque pobres siempre le daban su buena ración de arepa, caldo con papas y café con leche. Por tan molesta situación alimentaria debía salir de clase mucho antes del mediodía y esperar a las puertas del comedor universitario hasta la una de la tarde.

En tan malas circunstancias de estudio y residencia no aprobó ninguna asignatura y le aplicaron varias veces el Reglamento de Repitientes.

El mundo se le vino encima. Era tanta su confusión que entró en trances depresivos. Lloraba amargamente; el temor al fracaso lo acosaba y no podía razonar su mala situación. ¿Qué y cómo hacer para que sus hermanos desconocieran su pésimo rendimiento? A los viejos los engañaría con un simple “salí bien” y ellos lo consentirían más durante las vacaciones. Pero, ¿dónde esconderse y permanecer mientras sus compañeros asistían a clase y él cumplía el año de sanción sin poder volver a la universidad? ¿No sería acaso conveniente mudarse de residencia para evitar sospechas y comentarios entre los compañeros de cuarto y la dueña de la pensión?

Tantas eran sus interrogantes y poca su capacidad de respuesta que le pareció más fácil soslayar el conflicto y simular el éxito ante todos los que tuvieran que ver con su carrera.

Decidió continuar la vida universitaria con aparente tranquilidad: asistía a clase, comía empanadas en el cafetín de la facultad, paseaba en autobús desde Campo de Oro a La Hechicera y asistía a los mitines en la Casa del Estudiante. Cuando le llegaba la mensualidad se disponía a frecuentar la cervecería de Remigio, El Chino y El Gato porque eran más baratas y en caso de necesidad le vendían a crédito.

Cumplida la sentencia se reincorporó para nuevos semestres lectivos, pero tuvo la desdicha de fracasar continuamente hasta ver transcurridos los supuestos cinco años de la carrera. Esta situación le complicó tanto su personalidad que no definía su comportamiento, y por el contrario demostraba inestabilidad emocional. Lo acosó el insomnio y más de una madrugada deambuló por la calles del barrio. Se mudó a una residencia más barata y por tanto más incómoda. Prefería dormir de día para escapar fácilmente de sus obligaciones y evitar el encuentro con amigos y conocidos. Pero la psicosis le provocaba crisis de conciencia, llanto fácil e ideas suicidas que quería borrar con ansias de emborracharse. Poco a poco se hizo más introvertido, se alejó de sus compañeros de clase y con gran dificultad mental trataba de olvidar los asuntos relacionados con sus estudios. Sólo hablaba con el bodeguero de la esquina porque éste le admiraba como "bachí" y le fiaba a menudo cigarrillos y cerveza. Encerrado en la penumbra de su habitación o en cualquier otro lugar le era imposible sacar de la cabeza aquella idea que lo atormentaba. No podía graduarse para cumplir su compromiso. Había engañado a sus hermanos a tal punto que todos ellos se preparaban para la supuesta fiesta de grado. Los viejos habían cebado dos cochinos y encargaron aguardiente para la celebración en compañía de paisanos y familiares.

Su paranoia se hizo incontenible y arreció su frustración a tal punto que una mañana sus alucinaciones le mostraron a sus compañeros de promoción vistiendo toga y birrete, pero en vez de porta títulos llevaban en sus manos velones encendidos. En medio de un gran salón alfombrado de rojo y decorado con gigantes retratos cual imágenes de santos, alguien ataviado como obispo precedía el desfile ceremonial. Sus hermanos y Rufina

lucían trajes negros. Confundió el acto de grado con su propio entierro y desesperado se dirigió al viaducto. Una vez allí volvió su mirada a la Sierra Nevada, lleno de nostalgia y lágrimas divisó el techo del Aula Magna, subió a la baranda del puente y se lanzó al vacío.



Ínfimo

Deambulaba entre semidespierto y dormido desde la calle de abajo hasta la calle de arriba. Parecía más bien un robot sonámbulo de piernas cortas y brazos extendidos al frente. Como las alteraciones nerviosas le hacían padecer de insomnio comenzaba su paseo desde las cuatro o cinco de la mañana. Era el primer cliente del expendio de aguardiente o de la guarapera de la esquina. Aunque hubiese lavado su cirroso rostro y peinado su prematura calva, el enjuague bucal era un buche de supia. A veces cedía al cansancio trasnochado, y hambriento se dormía en la acera.

Su habitación era un cuarto de bahareque y teja que aún quedaba de lo que había sido su casa paterna. Allí mismo cocinaba un solo plato en olla de peltre y reverbero de gasolina. No recuerdo que tuviera catre, pero sí estera de junco tendida sobre piso de tierra. Ningún otro mueble se avistaba en aquel recinto maloliente. Cuando recuperaba alguna fuerza física se acurrucaba en el camino del frente, y durante largos ratos balbuceaba en monólogo altisonante que el algún momento llegaba al grito grosero sin destino definido pero en todo caso capaz de interrumpir el silencio del entorno.

Vestía camisa manga corta bien ceñida con la correa que sostenía su pantalón de caqui Palo Grande, sucio casi siempre, pero nunca roto porque aún cumplía la instrucción hogareña que se lo impedía: “preferible es un remiendo antes que perder la dignidad”. No obstante, dejaba al descubierto su peludo pecho, no porque así fuera la moda, pues vivió en las décadas de los años diez a los cincuenta del pasado siglo, sino porque esa facha le venía bien para repetir su lema de hombre acomplejado: –“no crea que porque tengo lana soy ovejo”.

Este y otros temas de su cotidiana borrachera complementaban su identidad. Lo bautizaron con el nombre de la sagrada familia. Bebía miche desde los quince años, quién sabe si desde antes, pues se le recuerda más por su desgraciado alcoholismo que por cualquier otra razón de su existencia. Cierta es que aprendió con sus hermanos los oficios de herrería y tuvo la oportunidad de asistir al mejor colegio del pueblo, pero ambas ocupaciones las abandonó desde muy joven. Sospecho que malogró su quehacer de herrero por las ansias de beber y por la misma bebida liquidó su capacidad para el estudio. Sus compañeros, humildes o pudientes se fueron a la capital para graduarse de académicos o de militares. El se quedó calle arriba y calle abajo, amargado por su ruina y voceando a gritos con entonación de discurso sus lecciones escolares:

- “Sílabas es un conjunto de letras que se pronuncian de un solo golpe de voz!
- Los grados del comparativo son: alto, superior, supremo; bajo, inferior, ínfimo!
- El orden de los factores no altera el producto”

En cierta ocasión, unos de sus antiguos condiscípulos, de visita en el pueblo, al oírlo repasar aquellas lecciones primarias y observarle su menguada salud, comentó: –¡Lástima de Jesús María!

Días mas tarde la cirrosis y el delirium tremens lo llevaron a la tumba.



Colilla

“Fumando espero al hombre que yo quiero... y mientras fumo... mi vida yo consumo....”

El tango que escuchaba a menudo por el radiorreceptor y el aroma tabacoso de los clientes que bebían miche en la bodega de la esquina donde iba a buscarle a regañadientes una cervecita a su papá cada vez que al viejo se le habría la tripa cañera y se emborracha “encapillao”, le incitaron poco a poco las ganas de probar una fumadita.

A la cantante se la imaginaba una mujer hermosa y elegante en el vestir, una dama de clase distinguida socialmente como persona culta y sin duda con infinidad de admiradores. A Silvana le parecía un buen ejemplo a seguir porque de alguna manera su futuro debía ser seguro, –“y no como esas que andan por ahí que no aprenden porque no han visto ni oído nada”.

De los michosos del barrio agradecía su galantería machista, manifiesta en sádicas miradas y en piropos de tono subido, casi susurrados al oído:

- ¡Qué buena se ta' poniendo la hija del compai Ceferino!
- Mi niña Silvana ya puede con la totuma dí'agua.
- ¡Ah malaya una tierna quitapesares!

Aquellas picaditas de ojo y halagos la hacían sentir una niña atractiva e interesante, por lo cual olvidaba el disgusto que le causaban las órdenes de su padre, y más bien deseaba verlo borracho para que la mandara de nuevo a la bodega. Así tendría oportunidad de oír de la rockola el tango que le minaba el sentido del placer: "Fumando espero al hombre que yo quiero... y mientras fumo... mi vida yo consumo..." Además, el olor de la mezcla del cigarrillo y aguardiente que expelían aquellos hombres al acercársele, en vez de repugnancia provocaba en ella apetitos prohibidos a su edad adolescente, que luego pensativa y entresueños se decía satisfacer de algún modo, algún día y en cualquier momento.

- Si la cantante es buena, si ya estoy grandecita y el olor del cigarrillo me atrae, nada de malo tiene que me fume un cigarrito. Esa gran artista que tan bonito canta debe ganar mucha plata, tener vestidos y zapatos por montones, y cantidad de amigos seguidores le rogarán casarse con ella. Cuando yo sea grande voy a ser como ella. Pero eso sí, fumaré mis cigarritos en boquilla, tomándola elegantemente con la mano izquierda de modo que la derecha me quede libre pa' hacer cualquier otra cosa. Ojalá y yo fuera grande pa' poder responderle al catirito de Juan esas cosas tan bonitas que me dice. Pero basirruque monta en coche, yo sé lo que quiere el catire ese, y mi papá me mata si lo acepto. ¿Cómo hiciera yo pa' comprarme un cigarro? Mañana le pido a mi amiga María que me haga el favor de conseguir uno donde Don Gabriel, que él la quiere mucho, y ni siquiera le va a preguntar pa' quién es. Y a mi no me va a hacer quedar mal porque sabe que la puedo acusar con mi mamá porque todas las noches se mete al cuarto de mi primo Miguel. Y después me lo fumo a escondidas detrás de la cocina, antes de que lleguen los viejos del trabajo. Y si no me gusta, pues no fumo más, y sanseacabó!

A Silvana no sólo le gustó el primero, sino que de continuo lograba que su amiga fuera ver al viejo Gabriel, por lo menos una vez al día. Prefería los cigarrillos Cabett mentolados porque eran los únicos que no la mareaban, y el gusto que dejaban era más difícil de detectar. Bastaba un enjuague de limonada para estar tranquila frente a sus padres y maestros de escuela.

Cuando terminó la primaria se olvidó de la bodega de la esquina y de María, pero se las arregló con sus amigas del colegio donde fue a estudiar interna, valiéndose de una beca que le otorgó un compadre de la casa que trabajaba en el Ministerio de Educación.

Cuando los fines de semana salía de paseo, sin la compañía de las monjas, disfrutaba probando nuevas marcas de cigarrillos: Capitolio, Bandera Roja, Jonrón, Negro Primero, Record, Lido y Fortuna le provocaban carraspera. Era demasiado fuerte el tabaco negro, medio procesado por la tabacalera nacional, para una garganta que no había alcanzado la madurez de adulta. Pero, había algo más importante a considerar. Con esos cigarrillos no lograría jamás la posición social de aquella cantante a quien había convertido en ídolo y paradigma de mujer elegante y clase distinguida. Debía fumar “cigarrillos finos” de tabaco rubio importado, y aprender a usar la boquilla dorada. No le importaba que costaran el doble porque entre todas las compañeras de fumadero era posible reunir dos bolívares para comprar una cajetilla de: Philip Morris, Chesterfield, Vicerroy, Wiston, Camel, Lucky Stray, Marlboro, con filtro marrón e identificado por series numeradas, de modo de no adquirir cajetillas con fecha vencida. Kent era uno de los finos cuya cajetilla de moldeable cartón blanquiazul tenía tapa incorporada, pero por ser de filtro ligth le parecía seco e insípido. De todos, Wiston le resultó preferido por su sabor, y porque según ella le daba una nota especial; sentía que sus nervios se calmaban y su boca ansiaba repetir el placer que le suministraba cada fumada.

En cambio, una compañera tan adicta como ella, pero sin paladar diestro para distinguir la calidad de los diferentes cigarrillos probados, seleccionaba siempre Vicerroy porque

seguía como autómatas la propaganda que le hacía un famoso locutor de televisión:

– “Si fumar fuera sólo echar humo, cualquier cigarrillo sirve, pero como fumar es un placer, el único cigarrillo que le puede proporcionar ese placer es...Vicerroy”.

Cada vez que la compañera encendía un cigarrillo lo hacía imitando al animador. Se lo llevaba a los labios entre los dedos índice y medio, y con la mano derecha utilizaba el yesquero encendedor. Medio sonriente aspiraba fuertemente, y al tiempo que echaba la primera fumarada miraba fijamente a las supuestas cámaras de modo que las amiguitas captaran su mensaje y dijeran al mismo tiempo: –Si fumar fuera sólo echar humo, cualquier cigarrillo sirve, pero como fumar es un placer, ¡el único cigarrillo que le proporciona ese placer es... Vicerroy!

Y nuestra imitadora, que además usaba lentes, provocaba la risa y aplausos de sus compañeras, y juntas celebraban apurando nuevas fumadas.

Para el consumo de la semana las colegiales se llevaban un paquete entero y lo resguardaban entre el acomodo del escaparate. Aunque la única hora posible de escaparse al pequeño bosque que rodeaba la parte posterior del colegio, era la del descanso de 7 a 8 de la noche, Silvana muy a menudo justificaba, ante la religiosa superiora de guardia, horas nocturnas adicionales de estudio, de modo de satisfacer en otros lugares un deseo que iba creciendo al mismo ritmo que su garganta y pulmones ampliaban la capacidad de tragar más humo. Hacía competencia con sus amigas para ver quién aguantaba más tiempo el humo, o era capaz de tragarlo y desaparecerlo a manera de fumívoro. Se entretenían tanto haciendo círculos de humo que a veces temían ser descubiertas por convertir el salón de estudio y la sacristía de la pequeña capilla donde se encerraban, en una especie de fogón y chimenea de leña.

Un día ya próximo al grado de bachiller, en fiesta dominguera, Silvana se embelesó con la mirada que le dio un

joven parecido a Juan, en lo rubio. Simultáneamente recordó el estribillo tanguero: “Fumando espero al hombre que yo quiero... y mientras fumo... mi vida yo consumo...” y a su memoria vinieron seguidamente los piropos de la bodega y los delirios pasionales y de grandeza que la embargaban cuando de niña soñaba casarse con el ser amado y llegar a ser como la cantante, dama adinerada, elegante y distinguida. Medio tímida pero con instintos de atrevimiento le exigió cortésmente al joven que le encendiera un cigarrillo que extrajo con delicadeza de una cigarrera de cuero repujado que ella misma había aprendido hacer en el taller de manualidades del segundo año de bachillerato. Aprendizaje que se explica en un colegio de monjas porque la profesora de manualidades simplemente se le ocurrió enseñárselo un día que sobró un pedazo de cuero del utilizado en la elaboración de carteras y bolsos.

Lo demás se adivina fácilmente. Se intercambiaron nombres, bailaron boleros, y se dejó cortejar sin resistencia alguna. Esa misma tarde le aceptó a Juan II una fuga a la hacienda de su padre, dejando a las monjas el quebranto de buscarla sin rastro. Como su amante también era un empedernido fumador, el amor y la unión definitiva no tardaron en formar un hogar de tres hijos, al amparo y costo de lo que la hacienda producía. Como Juan II no tenía otro trabajo ni ingresos extras, mucho tiempo pasaba arrimado a su mujer oliéndose y traspasándose el humo de los cigarros consumidos, sin advertir que el vicio y la nicotina les estaba agrediendo su salud física y mental.

Juan II tuvo un día un rayo de sensatez y le comunicó a Silvana que debía ir a probar suerte a la ciudad, en busca de un trabajo adicional, porque su padre ya le había recriminado que gastaba demasiado dinero en el vicio, y los cigarrillos subían constantemente de precio porque el gobierno, en procura de controlar el consumo, pechaba a las tabacaleras y comerciantes con nuevos impuestos y estancos.

Pasaron meses en que Juan II sólo volvía a casa quincenalmente, después se acostumbró hacerlo mensualmente, y finalmente regresaba de vez en cuando con el pretexto de

traerle algo de comer a los niños. Silvana no lo volvió a tomar en cuenta porque sabía de sus andanzas con una mujer de vida alegre con quien también bebía desafortadamente.

Estas circunstancias le deshacían los ánimos, la salud y los sueños a Silvana. El cigarrillo ya le había causado una tos persistente, y le sobrevenían crisis nerviosas que la empujaban automáticamente a encender cigarrillo tras cigarrillo. Claro, su situación económica empobrecida la obligó a fumar tabaco nacional. Ya no le importaba fumar Astor y Belmont. Se quejaba de su mala suerte. Maldecía el día que conoció a Juan II, y se peleaba con sus hijos por no querer asistir a la escuela. Añoraba y lloraba por sus padres ya muertos. Perdió el apetito y con ello la voluntad de cocinar. Su cuerpo era cada vez más flaco y de aspecto enfermizo; a lo sumo pesaba 40 kilogramos sin haber cumplido treinta y dos años. Obstinada y aburrida se acostaba en su hamaca a repasar mentalmente lo que había sido su vida. Esos recuerdos los practicaba con la mirada perdida en el horizonte. De vez en cuando retomaba su atención para releer con detenimiento las inscripciones adicionales grabadas en la cajetilla de cigarrillos que tuviera en sus manos. Y cuando veía casi ilegible el mensaje oficial: "Advertencia: Se ha determinado que el fumar cigarrillo es nocivo para la salud. Ley de impuesto sobre cigarrillos" sonreía sarcásticamente, y sus ojos se convertían en dos pequeñas lagunas.

La tos y las dificultades para respirar se le agrandaban progresivamente, y en paralelo crecían las ansias de fumar. Un día cayó a la cama, y casi asfixiada la llevaron al salón de emergencias del hospital. La bronquitis se la controlaron en ocho días, y volvió a casa con la prescripción de no fumar. Sin embargo, la ausencia de Juan II y los regaños de sus hijos que la culpaban de su propia enfermedad y desgracia, la desolaban aún más. Optó por desacatar la orden médica y desoír los consejos para su recuperación. Volvió a fumar a escondidas, al igual como lo hacía de niña y estudiante. La recaída fue fatal. El enfisema pulmonar ya no tenía remedio, y esta vez no salió viva de la sala de cuidados intensivos.

El día de su entierro, camino del cementerio, en una rockola de un bar cualquiera, un borracho, con botella y cigarro en manos, marcaba el disco y tango: "Fumando espero a la mujer que quiero..."



Tromba

Al Dr. Erasmo Sandia

Hubo una vez una sequía tan grande, pero tan grande, que...
–¡No! Esta forma de iniciar un cuento pasó de moda hace ya mucho, –se dijo el cuentista que se disponía a narrar lo que había conocido como la tromba de agua que destruyó su pueblo natal en plena época de sequía. –Mejor comienzo diciéndolo así: Cuando las repintas de enero confirmaron que todo el año sería seco y los pirómanos disfrutaban la chamusca de los cerros y bosques, los más devotos de San Isidro Labrador apresuraron la colecta exigida por el cura para que la rogativa al santo patrón surtiera el efecto deseado: tronar y llover, de modo que la tierra estuviera dispuesta para las siembras de abril.

Sin embargo, como la situación económica de los campesinos estaba en ruina, habida cuenta de la destrucción de las cosechas por la broca del café y la sigatoca de los camburales, la recaudación de limosnas no aportó mayor cosa, y el párroco con cara de disgusto les replicó a los capitanes de la misa:

–¡Con esta vaina ni truena! Vayan a recolectar lo suficiente porque un dios limpio no hace milagros.

La misa se dio finalmente con buena asistencia, pero en este caso la invocación “San Isidro Labrador quita el agua y pon el sol” se cambió por “San Isidro bendito, quita el sol y pon un chubasquito.

—¡Pero nada! Pasaban los días achicharrándose hasta los lugares más húmedos, y la gente estaba desencantada porque la rogativa no había recompensado el esfuerzo hecho.

Sin embargo, en horas tempranas de una tarde de febrero, las hormigas, grillos, chiripas y telarañas salieron de sus huecos y rendijas y comenzaron a invadir parcelas, jardines y habitaciones en búsqueda desesperada de un refugio imposible de hallar porque la naturaleza en breve tiempo les había transformado el hábitat y comportamiento natural, a tal punto que en su loca carrera los más débiles y apacibles se atrevían amenazar a sus propios congéneres. Las vacas lecheras bramaron a destiempo oteando a sus terneros, los novillos arremetieron y llevaron por delante las cercas, los caballos desbocados competían con la velocidad del viento, y los pájaros volaban sin descanso porque habían perdido el rumbo de sus nidos.

La locura animal la había desencadenado un aire caliente y bochornoso que con increíble rapidez se tornaba húmedo y pesado. A gran distancia, por las tierras bajas y llanas, se avizoraba una nube negra que se agigantaba en forma de columna con capitel de samán, y junto con la desaparición del sol un vendaval abatía hasta los árboles centenarios que encontraba a su paso montaña arriba. Un rayo que partió en dos a la gran nube devolvió por milésimas de segundo la luz a los montes, y el ensordecedor trueno, al tiempo que se extendía por todo el valle, paralizó momentáneamente los corazones desprevenidos. —¡Santa Bárbara bendita!

En cosa de minutos comenzó a llover, y ahora cunde la locura entre los humanos; unos se abrazan dando gracias a San Isidro porque al fin había escuchado sus plegarias, otros corren a poner orden en sus faenas, se resguardan los patios del café, las lavanderas recogen la ropa de los tendedores, muchos peroles

se colocan en los extremos del techo previendo disponer de agua limpia, un chofer aturde con la corneta de su carro y otro le invita a celebrar con un trago de aguardiente, los abuelos desempolvan los abrigos que casi habían olvidado durante los meses de calor, y no faltan los desentendidos de todo con muecas de fastidio por lo que está pasando.

Dos horas de lluvia mantienen a todo el mundo en su casa. Café caliente para reír de chistes y chismes. O una partida de dominó mientras las mujeres preparan un sancocho con las gallinas que se cobijaron bajo el fogón de leña cuando enloquecidas no hallaron mejor sitio. Tanta distracción en medio de la oscurana no permite percatarse que la tormenta con sus tronidos subió a los páramos descomponiendo la naturaleza, los torrentes comienzan a zanjar las laderas, los árboles y cafetos caen como si no tuvieran piernas que los sustenten, los caminos se confunden con los ríos, y éstos se crecen y ensanchan a costa de los taludes incapaces de soportar las embestidas de las aguas cargadas de troncos, barro y piedras gigantes que chocando entre sí le hacen eco a los truenos ensordecedores que van muriendo en la montaña.

En el pueblo la gente se olvidó de todo quehacer; niños semidesnudos chapotean en el agua y no pocos echan a navegar sus buques de papel calle abajo, pero muy pronto zozobraron porque los inocentes marinos fueron sorprendidos por un lodo que les cubría hasta las rodillas.

¡A correr se ha dicho! ¡Todo el mundo a buscar su casa porque lo que viene es agua!

Aquí la situación también se complicó, y no era menos que en el descampado. Ver y sentir que la lluvia cae a cántaros, que los techos sobrecargan los desagües y el agua desparramada después de inundar el patio comienza a invadir la cocina y las habitaciones porque las tuberías y cloacas colapsaron, que no se dispone de suficientes armarios para poner a salvo las pertenencias, que los niños aterrados en la oscuridad por relámpagos y truenos lloran a gritos pidiéndoles a mamá y a

papá que no los dejen solos un instante, que la tempestad parece no tener fin y cada vez se siente más fuerte, que la esperanza de salir con vida se desvanece porque las calles también son ríos incontenibles cargados de piedras y palos de quién sabe dónde, que las demandas de auxilio de los vecinos ya no se oyen, y las señales con linternas ya no se ven porque las pilas también se agotan, que cómo estarán las cosas en casa de los otros hijos casados que viven al pie del cerro más cerca de la quebrada. –¡Que Dios se apiade de ellos y tenga misericordia de nosotros! –¿Qué hora será? No hay reloj, no hay velas, no se ve nada, sólo se oye el golpeteo acelerado de las rocas dentro del agua y los alaridos del río cual animal herido.

Debe rezarse el rosario en voz alta solicitando perdón por los pecados propios y ajenos. Hasta los perezosos, vagabundos, pendencieros y borrachos se tragaban los escapularios y resistían con increíble devoción la contestación a un rosario de treinta y tres credos presidido por las más respetables beatas o por las aficionados que no sobran cuando el agua se siente al cuello, el miedo toma color amarillo y se ve cerquita el campo santo custodiado por San Pedro.

Las peores noticias se comunican a grito tendido, en medio de la noche y bajo la lluvia incontenible, causando más llanto y dolor entre vecinos y amigos, entre mujeres y niños:

–Las quebradas se salieron de su lecho y están inundando todo el pueblo. Procuren salir hacia la plaza Bolívar y la iglesia que las campanas están llamando para dar mejor refugio.

–La quebrada del Playón tumbó la casa de los Zambrano y su hija menor de cinco años la arrastró el río.

–Las casas de las familias: Solano, Carrero, Márquez, Rosales, Barón, Maggiorani, Méndez están inundadas, pero gracias a Dios que no hay muertos porque lograron subir a los techos, árboles y cerros.

–Los trapiches de los Velasco y Pereira perdieron las grandes norias de madera, y las calderas quedaron sepultadas.

–Al viejo Rafael le dio un infarto y no hay médico que lo atienda.

En fin, nada bueno como noticia; todo lo dicho está cifrado en la memoria del cuentista, pero cada uno de los que sufrieron en carne propia la inundación del pueblo y las aldeas vecinas tienen historia que contar.

Sin embargo, al día siguiente todos pudieron ver lo mismo: las quebradas y torrentes habían arrasado casas, puentes, cultivos, cañaverales y cafetales, y con todo lo que estaba a su alcance lograron ensanchar sus lechos en decenas de metros. Impresionante, por decir lo menos, era ver como el gigante aterrador de la noche anterior se había convertido de nuevo en un inofensivo riachuelo que hacía duros esfuerzos por abrirse paso entre los montones de rocas, troncos y escombros.

Caras tristes y desoladas comentaban sus atribulaciones, sin molestarse por el fuerte olor a mortecino que comenzaba a recorrer el valle.



Esquizofrenia

El esquisto es una roca de color negro azulado y de estructura laminar, razón por la cual se divide con facilidad en hojas o láminas. Su consistencia natural recibida dentro de las formaciones geológicas es pura y simple apariencia; basta un golpe de martillo o la acción erosionable del tiempo y la lluvia para que su entramado se desmorone y vuelva añicos. ¡Hay de aquellas edificaciones, cualquiera que sea su tamaño y servicio, que se construyan o coloquen sobre ese tipo de rocas! Porque el día menos pensado se derrumbará dejando a los suyos boquiabiertos sin saber dónde asirse. Sólo valdrán a manera de remedio las inyecciones de cemento y cabilla en procura de estabilizar lo que todos creían sólido, firme y seguro en el espacio.

Lo mismo pasó con Antonio a quien sus amigos le reputaban carácter rígido e inquebrantables fortalezas físicas y morales. Tal vez su contextura medianamente atlética y de porte militar, su voz recia para el mando y la locución, así como la puntualidad y seriedad en el cumplimiento de compromisos le validaban

esa fortaleza física y acreditaban la confianza en él tenida. Había sido ayudante en la fragua y finca de su padre donde manejó con pericia la porra y la pala, instrumentos de trabajo que alargaron el esqueleto y endurecieron los músculos del niño y del adolescente que comenzaba hacerse hombre. Afanado por una formación fuera del ámbito pueblerino se hizo cadete de reconocido espíritu militar, intachable conducta, distinguida aplicación estudiantil y habilidad deportiva, con todo lo cual amplió la formación hogareña en cuanto a disciplina y ánimo para destacar en las tareas que tuviesen porvenir.

Claro, tales experiencias le daban ese aspecto de roca consistente, pero algo débil habría dentro de su composición porque ante los torrenciales sentimentales se desmoronaba fácilmente echando cuesta abajo lo que el tiempo había tardado en construir. Bastaba una situación familiar de difícil solución, un percance sucedido a un amigo, o simplemente un trance amoroso para que su consistencia íntima se erosionara mediante el suspiro preocupante, la atención desmedida, la entrega afectiva, y también con reacciones violentas cuando se trataba de una acción ajena de malas intenciones. En fin, un ser transformable fácilmente porque sus sentimientos no se daban el tiempo suficiente para juzgar la respuesta oportuna y efectiva, aunque ya en el reposo del acontecimiento en que se había envuelto reflexionara y comenzara a lamentarse por no haber calculado y madurado el proceder más apropiado.

Como la vida a veces anda cual caballo desbocado sin freno que lo detenga, traspasa linderos sin advertir el peligro que lo acecha. Algunas personas se comportan como caballo sin amo de ojos vigilantes y continúan andando sin cuidado alguno hasta que la enfermedad o la muerte los sorprende. Consideran que su personalidad y comportamiento son absolutamente normales y que las alteraciones ocasionales le ocurren a todo el mundo por igual. A lo sumo se atreven a comentarlo pero sin darle mucha importancia. Tal vez se hagan el propósito interior de corregirse, pero la cotidianidad y la rutina le impiden asumir la cura como verdadero compromiso.

Este fue justamente el calvario de Antonio. Jamás pensó ni tuvo quien le advirtiera que sus debilidades y reacciones sentimentales requerían de atención médica oportuna, pues de lo contrario podrían convertirse en causa y riesgo de situaciones aún más peligrosas para su salud. Por el contrario, padecía su enfermedad de manera casi masoquista; se acostumbró tanto a ella que llegó formar parte de su natural personalidad. No confesaba a nadie las cosas extrañas que le ocurrían porque el mal andaba sin freno que lo detuviera. Las penas las vencía entre pucheros y copas, las dificultades económicas con más trabajo, y disfrutaba de los amoríos fortuitos manteniéndolos a escondidas.

Los momentos más comprometedores, los que en verdad lo dejaban a punto de advertir que se trataba de algo anormal, eran aquellos en que sin proponérselo pensaba paranoicamente en la muerte. La idea se le repetía tanto que imaginaba todo lo que ocurriría después de ella. En cuestiones religiosas creía más en Dios porque temía a la muerte ya inminente. Sus temores los hacía extensivos a los suyos a través de un raro egoísmo que le hacía creer en lo mucho que sufrirían por él cuando lo viesan camino del cementerio. En ese cavilar elaboraba un testamento meramente sentimental. Su última voluntad era la de ver a todos sus amigos en el entierro y sus familiares quedaban condenados a llorarlo in aeternum.

Y esta mezcla de dolor, placer, resentimiento y amor afectivo la bañaba abundantemente con trabajo físico, hasta el cansancio, porque el sudor y la fatiga lo reanimaban. Los días siguientes a una larga caminata entre montañas o después del esfuerzo hecho en labores agrícolas que practicaba deportivamente, se sentía recuperado, con mente despejada y con ánimo para continuar sus deberes profesionales; era algo así como barrer su mente eliminándole toda la basura que ensuciaba sus facultades y virtudes.

Sin embargo, mientras la verdadera medicina no aparezca el mal no tiene remedio. Por algún vericuelo se cuele la sin razón y pronto logra golpear con mayor fuerza debilitando la

compostura del paciente y haciéndolo frágil ante nuevas arremetidas nerviosas e impresiones repentinas. Es como si la personalidad y el carácter fueran campos minados dispuestos a explotar por la bota del intruso inocente o por el contraataque de las tropas enemigas burladas.

En el caso de Antonio, los nuevos descalabros se nutrían de resentimientos guardados en la memoria secreta, de temores ante los malos negocios o el de ser descubierto en pasiones prohibidas a todo un señor dueño de casa. En estos altibajos, los lamentos pasaron a estadios de angustia y llanto silencioso. A sus dedos adoloridos por carencia de uñas protectoras no les daba importancia porque los nervios alterados son amigos del dolor, y en el trabajo no daba muestras de nada anormal. El se había forjado de tal manera que le estaba impedida la queja por salud y la muestra de debilidad ante cualquier situación adversa. La disciplina militar le instruyó diciéndole que cualquiera fuese la dificultad y circunstancias, “llueva, truene o relampaguee, la orden se cumple sin vacilación, por encima de lo que sea”. El superior ordena y el subalterno cumple. Disparen primero y averigüen después. Había que tener siempre presente el “Mensaje a García” encomendado a un ingenuo cumpleórdenes que debía entregárselo al destinatario sin que se le hubiese dado nombre completo, dirección de residencia, y por supuesto con total ignorancia del contenido de la carta.

Su mamá le enseñó lo mismo con un simple consejo:

–Mijito no se queje, pase lo que pase sea obediente y haga caso.

Y su papá de modo parco le ordenaba: –Pórtese pa’ que figure.

Parece que todos se hubiesen acordado con el golpista Pedro Carujo en aquello de que “el mundo es de los valientes”, y no con el médico y presidente José María Vargas quien le respondió: –“El mundo es del hombre justo”

Con tales órdenes, consejos y ejemplos por delante, Antonio construyó el edificio personal y no lo cimentó a tiempo con los

materiales más resistentes: conocimiento, cálculo, prudencia y reflexión, sin los cuales no es posible prever los riesgos y evitar el derrumbe de las bases morales, las facultades mentales y los “valores trascendentales del hombre”.

Jamás pudo advertir su desorden mental hasta que estalló la mina que llevaba por dentro. Un síndrome vertiginoso lo postró en cama, y tuvo mala suerte para la recuperación inmediata porque los médicos estaban tan confundidos como él. El internista opinaba que se trataba de un tipo de estrés crónico, el neurólogo ordenó tomografía y encéfalograma, un aficionado recomendó que lo llevaran donde un curandero “especialista en esos casos”, y finalmente fue sometido a tratamiento experimental para ver si forzándole alteraciones de la personalidad se evidenciaba un signo claro del mal que padecía. Comenzaron con el signo y apariencia más evidente: el cansancio. Pastillas antidepressivas y somníferas, pero sin ser propiamente una cura de sueño. Sin embargo, Antonio lo convirtieron en la Bella Durmiente porque no supo si durmió una semana o cien años. Su mujer, Ruperta, le veló todo el tiempo pero no le dio respuesta cuando le preguntó cuánto había dormido.

A la semana siguiente, continuaron con pastillas para despejarle la mente, recuperar la facultad de memorizar y barrer cualquier desecho que lo atormentara, sin saber exactamente de cuál se trataba. –¡Qué maravilla!– se dijo Antonio cuando sintió los primeros efectos de las grageas milagrosas. –Me acuerdo de todo el libro Don Quijote de la Mancha, hasta el Capítulo LXXIV de la Segunda Parte, cuando el Ingenioso Hidalgo cayó malo, ordenó el testamento, se confesó arrepentido de todo su mal proceder como caballero andante y murió, con la seguridad absoluta de que había sido un loco cuerdo y, por lo tanto, sin cura médica posible.

Tal recuerdo lo puso peor porque al atar cabos se sintió un Quijote reencarnado y se preguntó temeroso: –Coño, ¿estaré loco y no quieren decírmelo?

–Visitó nuevamente al médico en busca de explicaciones que no logró. La respuesta fue una semana más de pastillas, pero

esta vez para tranquilizarlo sin dormir. ¿Será posible semejante contradicción?—¡Claro que no! El pobre Antonio pasaba las noches en vela, se paseaba por toda la casa como sonámbulo, a ratos sentía deseos de gritar, pero no lo hacía por temor que sus hijos y su mujer también enloquecieran. En cuanto amanecía se escapaba a la calle y continuaba su ronda hasta que lo encontraban en algún café o deambulando sin destino, lo traían bajo engaño y lo internaban de nuevo en el supuesto dormitorio. Callado y tranquilo pensaba que ahora lo habían convertido en el Eterno Insomne. Pensó seriamente en borrar su nombre de entre los mortales. En esta etapa, los médicos en verdad no podían auscultar ni penetrar hasta donde supuestamente querían. Se trataba nada más y nada menos de la capa más fuerte del esquistó; para romperlo habría que darle de martillazos. Así que venga una semana más de pastillas.

—¡Qué vaina tan buena son estas pastillas! —Dijo al otro día, cuando al releer la novela *Rayuela* de Julio Cortázar memorizaba al caletre el orden en que debían repasarse los 155 capítulos del supuesto segundo libro: 73 - 1 - 2 - 116 - 3 - 84 - 4 - 71 - 5 - 81- 74, etc.

Conjuntamente con esta extraordinaria lucidez acrecentó el amor hacia los suyos. Tenía extremo cuidado en dirigirse a sus pequeños hijos. Los besaba más y más como si estuviera cancelándoles deudas de cariño. Un día amaneció con deseos de escribir y sentado a su escritorio relleno páginas y más páginas de ensayos académicos. En una sola tarde pudo terminar dos largos cuentos que años atrás había abandonado por no poder estructurarlos según las normas literarias. Sintió alivio con el éxito de escritor, y regresó eufórico a la clínica-hospital a comentarle y agradecerle al siquiátra lo bien que se encontraba. Así valía la pena enloquecer, por lo tanto le exigía que le diera más pastillas milagrosas. El médico cayó en cuenta que le había prescrito dosis en exceso, y para corregir el error debía tratarlo con nuevas drogas. Al fin y al cabo Antonio ignoraba el mal que padecía y estaba dispuesto a pagar sin límite de dinero. Tanto él como el seguro podían cancelar, hoy o mañana, y al

médico sólo le interesaba cobrar sin importarle la demora en la cancelación ni el tiempo sanativo del paciente.

Probaron nuevamente con estimulantes parciales de la conducta física y le regularon el deseo de escribir y la euforia provocada por tal proceder. El efecto lo puso en camino de su trabajo, pero en vez de manejar su carro prefería caminar seis kilómetros para llegar a su destino. Los amigos, obviamente imaginaban que estaba loco, pero reservados en su apreciación sólo se atrevían a comentarlo en secreto. A un loco se le saluda con mucho cuidado; mejor dicho, casi ni se le saluda para evitar confrontarlo. No se le alienta por su recuperación; por el contrario, el tema de la salud mental es tan delicado que hay que evitarlo. Si se le atiende hay que hablarle de todo menos del verdadero mal que padece. Mejor es dejarlo quieto, que los médicos sabrán qué hacer con él.

Pasó el tiempo, y nada de cambio positivo. Pastillas y plata, quebrantos y plata. Hasta que un buen día, el mismo Antonio descubrió su mal de la manera más sencilla.

–Si aparentemente todo se ha debido y se debe a mi mal comportamiento, lo que tengo que hacer, ni más ni menos, es retomar el hilo de mi mejor conducta. Debo cumplir la orden y consejo de mi padre: –Pórtese pa’ que figure.

Y valido del recuerdo, se dijo resuelto y sin complejos: –Sin duda estoy loco, mejor me curo solo.



Tirofijo

– ¿Cuántos van?

– ¡Ni pa' saber! Ya perdimos la cuenta.

– ¡No puede ser! O trabajamos seriamente o mejor no hacemos nada! Después de tanto esfuerzo y traspasado no podemos darnos el lujo de perder la cuenta de los que hemos matado.

Este era un diálogo común entre el jefe de cacería y los cómplices que se habían propuesto exterminar todos los cachicamos que se hallaran en su aldea y alrededores, hasta donde les alcanzara la vista, la resistencia y, por su puesto, los pertrechos de pólvora y plomo. Con la administración de las municiones había que tener especial cuidado porque el gobierno había instalado nuevos retenes de mercancías y la guardia civil era especialmente celosa en el control de armas y sus correspondientes aparejos. Por tales razones había que contrabandearlas sirviéndose de los maleteros que esporádicamente entraban por los caminos verdes y llegaban a la finca cargados de medicinas, armas y ropa.

Como estos problemas de aprovisionamiento eran resueltos, la causa y su programa se cumplían paso a paso. La extinción de los cachicamos parecía irreversible porque los perros les latían en las cuevas y los cazadores los aprovechaban fácilmente tan pronto como salían despavoridos en busca de nuevo refugio. Si algunos lograban escaparse los perseguían con tanto tino que su desplazamiento se hacía temporal. Y si por casualidad llegaban a una nueva cueva se lamentaban de no haber muerto previamente en la escapada, porque ya cansados tenían que enfrentarse a los filosos dientes de las lapas, animalitos especializados en beneficiarse libremente de las madrigueras construidas por los mismos cachicamos.

– ¡A esos malditos cachicamos tenemos que acabarlos a como de lugar!

Esa era la causa y orden determinante del jefe. Y la razón o la sin razón de tal propósito era desconocida por todos los demás.

– “Jefe es jefe manque tenga cochochos” repetían sus compañeros de caza, y el refrán se convertía en poder suficiente para hacer cumplir la orden.

– “Además los cachicamos con hambre son riquísimos; ¡saben a pollo!” –se decían los más imbéciles.

La obediencia ciega y el hambre acostumbrada sólo les dejaba voluntad de mediodios, incapaces de preguntarle al jefe las razones que tendría para extinguir a los indefensos cachicamos. Sin embargo, el mismo jefe cuando los oía, sonreía para sus adentros y se daba tiempo para recordar sobre su vida y justificar las acciones de obstinado cazador.

Especialmente lo hacía durante las noches que no fueran de cacería. Se recostaba en la empalizada del rancho, se descubría la calva que siempre resguardaba con gorra de visera, la peinilla y la escopeta las colocaba a su lado, y con un paño descolorido por el tiempo se frotaba la frente como buscando estimular el recuerdo:

– Lo que son las cosas. Yo nunca imaginé a dónde carajo podía llegar mi afición por las armas, y menos esta mortandad de cachicamos que parece nunca acabar. ¿Qué vaina, no? Sin embargo, hay una razón que yo solo sé, y jamás revelaré a nadie. Cuando maté el primer cristiano, siendo yo un muchachito, cojí el monte y me dí a la tarea de practicar el tiro al blanco. No había otra manera de tener seguridad y confianza en mí mismo si me advertía la guardia civil. O los degenerados militares que pa' matar pendejos no hay quién se los gane. Pero claro, como la mejor manera de entrenarse es darle al blanco en movimiento, no tuve otra posibilidad que matar pajaritos, loros y cuanto bicho de uña se me atravesara. ¡Cómo disfrutaba cuando los loros llegaban a los uvitos o cuando las bandadas de pájaros negros invadían los maizales! ¡Ave María! ¡Qué alegría más grande derribar a un conejo en plena carrera o bajarse un mono balanceándose con bejucos! Quien no lo haya hecho no sabe nada de esas cosas. Confieso que todo se me hizo placer, y por placer sigo matando a estos muérganos cachicamos que no son ni la quinta parte de veloces. Recuerdo cuando me hice a los primeros revólveres y escopetas que le quité a ese bolsa maletero que amenazó con denunciarme dónde me había visto escondido. ¡Que buena vaina le eché y que buen gusto me dí! Me entrené en tiro de vaquero a pie, saltando, tirándome al suelo, girando sobre los tacones de las botas, imaginándome enemigos donde no estaban, que sé yo, hacía diabluras con revólver y escopeta. Después se me dio por matar cachicamos porque yo considero que son los animales más pendejos que existen. Se la pasan la vida escarbando la tierra pa' comer cualquier vaina, y muy de vez en cuando se tragan una culebrita pa' pasar otro tiempo aguantando hambre. Se dejan quitar las madrigueras de las lapas porque son incapaces de enfrentarlas. ¿Dónde carajo tendrán el instinto, si acaso tienen? Mientras existan cachicamos, las lapas seguirán aprovechándose de su trabajo. ¡Por eso hay que matarlos, así de simple!

A la noche siguiente, y todas las demás noches de luna llena, la cacería continuaba. Se trataba de una carrera loca contra los pobres cachicamos. Pero, aún así era imposible exterminarlos

totalmente. La naturaleza también los dotó de excepcionales mecanismos de reproducción, y se multiplican a sus anchas especialmente en tiempos de hambruna.

En una de esas noches de recuerdos y reflexiones, el jefe tomó en cuenta que lapas se multiplicaban igualmente, y que su causa perdía fuerza habida cuenta que la viveza y habilidad de esos animales para comer y beneficiarse de los sembradíos no tenía comparación con el consumo y excavaciones de los indefensos cachicamos. Esta razón lo desarmaba de cualquier otro argumento que se le ocurriera para mantener la cacería de cachicamos. Si no encontraba justificación para cuando sus hombres al fin se resolvieran a preguntárselo de manera insistente estaba perdido. No podía en modo alguno dar muestras de debilidad y menos convertirse en el hazme reír de sus compañeros de faena. Y él ya estaba muy viejo para perder el respeto y la autoridad. A como diera lugar era imprescindible hallar alternativa o vía de escape que al menos diera la impresión de estar en sus razones y cabales.

Reunió a su montonera y les ordenó comenzar a matar lapas. Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles. Para animales tan rápidos y escurridizos no valen chopos ni escopetas caseras, y los perros tampoco eran muchos ni tan buenos. Los maleteros contrabandistas se quejaban de que la guardia nacional no los dejaba quietos y parecía que se hubiesen rearmado hasta los dientes con ayuda extranjera.

– “Hasta aquí me trajo el río, yo no sigo en este tejemaneje” –se dijo de buenas a primeras y sin más reflexión quien hasta ahora fungía de invencible. –“Ya cumplí conmigo mismo y satisfice la sed de la causa. Aunque no me siento cansado y no me doy por vencido voy a dar fin a esta matazón de cachicamos”

Sin advertírselo a nadie, madrugó hacia el monte y escogió una trocha de cachicamos. Esas por donde era más fácil cazarlos con trampa de chopo armado, aunque nadie los vigiara. Siguiendo la misma práctica, ató la escopeta a un tronco apuntando hacia el camino escogido. Así todo parecería accidental cuando los compañeros escucharan la detonación.

Este libro se terminó
de imprimir en Diciembre de 2003
en los talleres gráficos de
Electro Texto C.A. Mérida.
500 ejemplares.